



Cuadro de JULIO BORRELL.

JULIO BORRELL

No nos proponemos escribir la biografía del distinguido pintor que nuestros lectores conocen ya ventajosamente por los trabajos que de él llevamos reproducidos en el curso de esta publicación, y de cuyo valer hallarán nuevas y muy potentes muestras en el presente número: á la edad de 23 años, que en la actualidad cuenta Julio Borrell, no ha tenido tiempo material ningún artista, por relevantes que fuesen sus méritos, de patentizarlos por completo, y no ha hecho poco con atraerse la pública atención y adquirir alguna personalidad.

Ambas cosas ha conseguido el joven Borrell en los albores, puede decirse, de su difícil carrera: no sólo acuden afanosos los *amateurs* al sitio donde tiene expuesta una obra, sino que, sin necesidad de ver la firma, distinguenla á primera vista, entre cuantas figuran en la exposición. Porque aquella obra lleva un sello especial; será si se quiere inferior á otras varias que al rededor de la suya se exhiben; no le faltarán los defectos propios de la inexperiencia; pero, en cambio, se advertirá en ella una imaginación rica y poderosa, un temperamento fuerte, una mano segura y la fogosidad de una juventud estudiosa y activa.

De tal palo tal astilla, dice el refrán, y á fe que pocas veces, como en la presente, se ha puesto de manifiesto el fondo de verdad que tal refrán encierra. El moderno artista á quien consagramos estas líneas es hijo de Pedro Borrell, el pintor afamado, el sabio profesor, encanecido en el estudio y el trabajo, á quien cabe la indisputable gloria de haber sido el introductor de la enseñanza del dibujo por medio del natural, en substitución á la rutinaria y deficiente copia de láminas, y bajo cuyos auspicios empezaron á labrar su reputación muchas de las notabilidades pictóricas contemporáneas. Julio Borrell, que desde niño mostró decidida afición y no vulgares aptitudes para la pintura, no ha conocido otro maestro que su señor padre; á cuyas cariñosas lecciones y constantes ejemplos, debe el fructífero desarrollo de su notorio talento. Y podemos asegurar que más halagan al discípulo sus triunfos, por la placentera resonancia que tienen en el corazón del respetable anciano, que por la satisfacción de su personal y legítima vanidad.

Todo induce á creer, que, siguiendo con paso seguro la senda emprendida, sin desmayar ante los obstáculos ni engreirse con las alabanzas, llegará el joven Borrell, para honra propia y de Barcelona, su ciudad natal, á contarse en el número de los grandes pintores españoles, mereciendo sus cuadros, como los de éstos, figurar en los principales Museos nacionales y extranjeros.

No es sólo nuestra la ventajosa creencia que acabamos de exponer; desde hace algún tiempo, nuestros compañeros de prensa vienen tributando entusiastas elogios á los copiosos frutos de su rica fantasía, que adornan con bastante frecuencia los escaparates del Salón Robira y las artísticas paredes del tan visitado Salón Parés.

Cuando se inauguraron las exhibiciones semanales en el local últimamente citado, un crítico de reconocida competencia é imparcialidad, aludiendo á Borrell, emitió en letras de molde el siguiente juicio: «Es un pintor fogoso y de temperamento fuerte, que, al parecer, no conoce las dificultades de su arte, dado el brío con que las embiste y las arrolla. Buena prueba de ello la colección de tapices que tiene expuesta. Destinados

á un comedor suntuoso, representa algunas escenas de la inmortal novela de Cervantes, referentes á cacerías, convites y comilonas, entre las cuales no podían faltar las famosas bodas de Camacho. La idea de decorar un comedor con pasajes gráficos sacados de la primera de las novelas españolas es atinadísimo, y el garboso pincel del joven artista ha sabido traducirla con admirable acierto, imprimiendo á los cuadros, compuestos con holgura y pintados con la entonación propia de los tapices, verdadero carácter de época.»

Posteriormente, otro crítico, no menos autorizado, refiriéndose al grandioso lienzo *Pompa circense*, del cual, en la imposibilidad de reproducirlo en color, pues sus extraordinarias dimensiones dificultaban su traslado á nuestros talleres, damos el fotograbado en la doble página; lienzo destinado por su autor á la actual Exposición de Bellas Artes, formuló, entre muy atinadas consideraciones, este juicio, que concuerda enteramente con el nuestro y el de la generalidad de los periódicos locales:

«Un joven que hoy se atreva á concebir, proponer y desarrollar un asunto de tal índole, solamente por el valor que esto implica, merece un aplauso, como lo merece siempre una manifestación de independencia.

»Cuidado que pintar cuadrigas, vestales, pórticos, altares y circos, en estos tiempos de arte *infimo*, que ha dado al fin con la expresión propia y justa de la vida, con la forma *bella*, tan afanosamente buscada en todos tiempos, forma que, según parece, tenía su secreto en la emancipación del dibujo, de la construcción y de la composición, es decir, de lo que en siglos bárbaros se creyó, sin duda erradamente, ser imprescindible para llegar á producir la obra bella; meter un cuadro, que supone pensamiento, estudio, creación, entre esos cuadros de generación espontánea, en los que se glorifica el color como el primer elemento productor de la emoción estética, es realmente una audacia imperdonable, mayormente si es un joven el que de tal osadía hace gala.»

»No queremos calificar el cuadro de Julio Borrell de obra perfecta, pero nos parece que tiene cualidades de mérito sobresaliente, para hacerle digno de respeto y de elogio. En otras épocas de menos anarquía artística, algunas figuras del grupo de la derecha, especialmente la joven que ocupa el primer término, y la de los dos ancianos que salen al primer plano de la izquierda, hubieran conquistado al pintor el diploma de maestro, lo propio que el grupo de vestales, en cuanto á composición. En suma, la obra, que supone potencia de imaginación no común, aliento, fe y una larga y asidua labor, es acreedora á que fijen en ella su atención los que sienten cariño por el arte.»

Restanos añadir, por cuenta propia, que nos llevaremos un soberano chasco si en la Exposición de referencia no se otorga un premio á ese cuadro; máxime cuando en Madrid y Barcelona ha obtenido ya otras veces Julio Borrell, quizá con menos motivo, tan apetecida distinción; pero no debe descorazonarse si, contra nuestros deseos, no sucede así; antes por el contrario, persevere en el estudio, mantenga incólumes sus energías presentes, y siga poniendo al servicio del verdadero arte las dotes privilegiadas que le concedió la naturaleza; seguro de que al cabo la pública opinión le hará plena justicia, incluyéndole en la lista de los escogidos, suprema distinción á que puede aspirar el artista.



EL LAVATORIO, EN LA CATEDRAL DE BARCELONA

Cuadro de JULIO BORRELL.



RETRATO DE JULIO BORRELL, PINTADO POR SU SEÑOR PADRE